

lacustres
a beber.
Yo, que soy partidaria de la verdad,
inquiero, necesito
establecer de hecho si eres tú,
si eres tú el que yo digo,
aunque me duelan de amor
hasta las piedras,
aunque me canten de amor
hasta los huesos;
en el estrecho tiempo de ser uno,
debo saber, saber, saber . . .
Y tú ¿cómo pasa mi imagen
por los filtros
paralelamente dispuestos
en tu cara;
confusa, pura, elástica, integral?
¿Y es ya mi imagen,
la que yo reconozco,
o como si dijéramos, mi imagen oficial,
la que llega hasta el fondo?
¿Cuelas y abrazas, a un tiempo
mi estructura?
¿Te salvaguardas, desconfiando?
¿Abarcas, o devoras,
o simplemente olvidas,
mientras yo me despojo,
me despojo . . . ?

CLAUDIO SOLAR

LA CIUDAD DETENIDA EN EL TIEMPO

Elegía

Canto IV

Pero un día es un día.
y una noche es más noche y violenta porque es la noche del tiempo.

convocada por arcángeles siniestros
o por signos conocidos por pueblos y pueblos.

Ya estaba dicho,
y si una bola de fuego rodó de la boca de un río
hasta hendirse en la entraña de la ciudad,
era porque el niño más niño
había vomitado su primer sueño,
su primer ala de murciélago trágico.

Porque el signo plural del adobe
y la cifra larga y exacta de los trabajadores
que se sucedieron en la urbe,
poniendo su vaso de cal
y trazando la dura geometría de los andamios,
iba a través de inmeditables días
y rodadas noches.

Y eran:

Martín, el carpintero con dedos de compás
y palma de escuadra ciudadana;
José, el picapedrero que orillaba la montaña
con su tercer brazo de acero
robando chispas a las piedras y al sol.

Pedro, el constructor, con su frente de cal
y ojos alcoholados;
mueblistas, herreros, y los hermanos de los luchadores,
Juan, el orador, conductor de masas,
de pecho doloroso, con una paloma bíblicamente roja
en la raíz de las venas.

Y prostitutas con su fonógrafo gastado
y medias ardientes —manos de hilos sensualmente pegajosos,
gemelos talles femeninos,
cilindros con barniz de deseo—.
Ay, su sonrisa de fotografía adherida a los labios,
oh, figuras de mayólica pobre!

Todos yacieron olvidados por la nueva voz,
por el subterráneo ulular del nuevo signo
que surgía como una montaña de sombras rugientes
sobre un reducido espejo de silencio,
que venía orillando los límites de la noche,
desbordando los muros del espanto.

JOSÉ MIGUEL VICUÑA

ERES DE TIEMPO Y ERES DE LLAMA

Para ELIANA NAVARRO

I

Eres de tiempo y eres de llama.
Cuando te mueres, ya no te mueres,
y cuando llamas, ya no me llamas.
Y cuando aterras y desentierras
las alegrías y las derramas,
eres de cántaro, eres de rueca,
eres de tímpano y de campana.
Cuando destinas, cuando resbalas,
como de muerte, como de cántico.
Y cuando lloras y te destruyes,
y cuando penas y te desangras,
cuando padeces, —desmemoriada,
áspera, ruda—, cuando padeces,
eres de sueño, de sombra y sangre.
Si te tocara, si te venciera,
si te infundiera de mis entrañas;
¡pero eres roca, tímpano estático!

II

Te desafío, piedra, muralla,
toco tus luces y me desgarras.